

El exiliado y sus sueños

Bahram Ghadimi

Ante todo quisiera aclarar que mis palabras aquí toman en cuenta sólo una de las dimensiones relacionadas al exilio y a los exiliados. Es decir, sobre el exilio se puede hablar desde diferentes perspectivas: la perspectiva de clases, la política, la cultural, la lingüística, etc., y la mía aborda los sentimientos del exiliado.

Al mismo tiempo se podría afirmar que la expresión “refugiado político” no significa “exiliado” exactamente, sin embargo desde el punto de vista del autor de este texto, todo aquel que pide refugio en otra tierra con el fin de salvar su vida se debe llamar exiliado de manera consciente; pues aunque no ha sido condenado al exilio en algún tribunal, lo han amenazado y obligado a huir, es decir, ha sido exiliado a “cualquier lugar” que no sea su patria.

Hace varios años escribí un texto llamado “el sabor del exilio” que incluía mayormente lo que había seleccionado de mi diario sobre mi primer viaje a El Salvador. Cuando uno escapa de su patria, cree que todo ha terminado. Lo único que permanece es la esperanza de volver. Para mí en este estado de ánimo era muy excitante viajar a El Salvador: un país donde la lucha fluía y la esperanza de una revolución seguía palpitante. Quisiera citar aquí parte del texto mencionado:

“Llevaba ya un rato en Chalatenango, conocía a muchos y ahora sabiendo más español me sentía menos solo. Algunos días, para trabajar o para ver a los amigos, me iba a los Ranchos o a Las Flores. Una tarde, cuando se rompió la espalda del calor, la plaza principal del pueblo se llenó de jóvenes que correteaban de un lado a otro detrás de una pelota de baloncesto. Estábamos sentados en la puerta del comedor, disfrutando el fresco. En otra esquina de la plaza, un puñado de jóvenes se había reunido a jugar a las barajas. Algunos AK47 recargados en el tronco de un frondoso árbol de mango, cuya sombra daba refugio a los jóvenes, mostraba el estado de alerta de los guerrilleros.

Los pantalones con muchos bolsillos y las botas militares eran lo único que distinguían a los guerrilleros del resto de la población. Victoria, Claudio, y un hombre de unos 34 años, llegaron de la curva del callejón que abría su boca hacia la plaza.

Victoria nos presentó. Niko, agarró con su mano izquierda la cinta de su arma para que no se cayera y me tendió su mano derecha, diciendo con una sonrisa: Bienvenido. Después de saludarnos, fuimos juntos al comedor popular para mezclar los frijoles, la tortilla, el humo del cigarro y los recuerdos.

Niko era el primer uruguayo que había visto en mi vida. Los cuatro que habíamos llegado de diferentes países hablamos de todo. Niko era médico y de los militantes de los Tupamaros, que después del sofocamiento del levantamiento en Uruguay, en vez que exiliarse en otro país, había venido a El Salvador para continuar la lucha. No entendía todo lo que decía. Victoria intentaba traducir en medida de lo posible. Me parecía haberlos conocido por muchos años y que lo que teníamos que contarnos nunca iba a acabar.

Años después en 1997, en un barrio popular de la Ciudad de México, la UPRES había organizado una reunión para discusiones acerca del NAFTA. Jaime Río, que me conocía de las reuniones del Movimiento Urbano Popular, había dicho que algunos de los intelectuales cercanos al movimiento popular hablarían del papel de EEUU en la destrucción de México. La reunión empezaba a las cinco. El primer ponente era Andrés Barrera, profesor de economía de la UNAM. Después de él, Carlos Facio tomó la palabra. Su acento no era mexicano y me recordaba a alguien. La reunión duró hasta las ocho. Después, fuimos a un café cercano junto con Jaime y algunos de los miembros de la comisión política de UPRES. Jaime me presentó a Andrés y a Carlos. Carlos era periodista y escribía para La Jornada. Tras hablar un poco de la reunión de aquel día, empezaron otras pláticas. Al momento de saber que Carlos era de Uruguay, me acordé de Niko y de la noche del año nuevo de 1993 en Arcatao y del canto de Maricahi Chilco en aquella grande hamaca en la que ella misma, su esposo José y su hija y su nieta de dos años estaban acostados. María hablaba de su viaje a Moscú y de haber cantado en el parque... Ahora no están aquí ni Niko, ni Victoria, ni Mariachi Chilko ni Carlos Facio. Yo acabo de terminar la traducción del artículo de Carlos (Memoria y rebeldía) y me refugio en el balcón de la casa con una taza de té caliente para borrar de mi memoria el sabor amargo del exilio con la dulzura del recuerdo de compañeros que habían venido de los diferentes rincones del mundo para realizar sus sueños en Chalatenango”.

Desde mi perspectiva, el único capaz de comprender la amargura del exilio es aquél que lo ha vivido. El problema es que cuando hablamos de exilio, la mayoría lo equipara con inmigración. Por lo tanto es importante ver qué significa el exilio para el propio exiliado. Para aclarar mejor este asunto, creo necesario ofrecer primero algunas definiciones.

¿Quién es un emigrante?

El primer punto a considerar en relación a los emigrantes es el acto de decidir. Un emigrante abandona su “casa” debido a distintas razones que se pueden resumir en la búsqueda de una mejor vida; aunque a veces el motivo puede ser la presencia de algún amigo, familiar o incluso un amor en el lugar al que se inmigra. De todas formas, el emigrante decide irse y desde esta perspectiva un principio se puede aplicar a todos los emigrantes: el emigrante viene a quedarse; desde el día que llega, funda los cimientos de su vida con base en su intención de quedarse en el lugar huésped. Para él, el nuevo espacio al que ha inmigrado es su nueva casa, y construye esta casa. Conforme pasa el tiempo intenta integrarse en la nueva sociedad, adaptarse a su cultura y costumbres y en virtud de estos objetivos elige el ambiente en el que quiere vivir. Esto es cierto tanto en el caso de los emigrantes que vienen a Europa desde el Oriente Medio, como para aquellos que inmigran de Oaxaca o Guerrero a la Ciudad de México. Los emigrantes, movidos por la nostalgia, forman sus propios grupos locales en la ciudad o el país huésped y se reúnen de vez en cuando y celebran las fiestas tradicionales de sus lugares originarios, incluso con más recelo; pero a pesar de la nostalgia que sienten, están totalmente conscientes de que han venido para quedarse.

Existe otro grupo de emigrantes que aunque no han tenido ninguna razón para inmigrar, se han visto obligados a abandonar su patria en razón de condiciones desfavorables: los que han sido “arrancados de sus casas”, los víctimas de la “inmigración involuntaria”, los “expulsados” o los “desplazados”. A veces el desplazamiento está relacionado con los recursos naturales (petróleo, agua, plantas medicinales, tierras de cultivo) y el desplazado es forzado a irse por asuntos estratégicos, por las organizaciones cuya finalidad es el robo de las tierras y por otras muchas razones. En los últimos sesenta años, el caso más notorio es el del pueblo

palestino; pero en Medio Oriente, los kurdos, los iraquíes y últimamente los sirios han sufrido algo parecido: sin poder jugar ningún papel en su propio destino, pierden todo lo que poseen y deambulan por las montañas, llanos y mares para asegurar el futuro de sus hijos y el suyo propio. Mientras ellos son víctimas de la ocupación de sus territorios, de las bombas americanas, del armamento alemán, de la Inteligencia israelí, del Banco Central europeo y del Fondo Monetario Internacional, los usurpadores y las empresas multinacionales se benefician del saqueo de la vida de estos seres humanos.

¿Quién es el exiliado?

Al contrario del emigrante, la vida del exiliado en el lugar destino se desarrolla de una manera distinta. Él viene para regresarse, esto es un punto clave, y todos sus sueños se crean alrededor de este mismo eje. El exiliado está consciente de las diferencias esenciales que tiene con el emigrante y detesta ser llamado “emigrante”; esto es un principio que no olvida hasta el día de su muerte. El énfasis sobre el hecho de ser exiliados y no emigrantes es una de las características de todos los exiliados de casi todos los tiempos, sin importar su lugar de origen (sea Irán, Turquía, México o cualquier país de Europa); es difícil explicar este sentimiento, pero es muy importante para el exiliado mantener su distancia del emigrante. Para aclarar mejor este tema, permítanme recurrir a Bertolt Brecht, uno de los más destacados poetas exiliados de Alemania. En su poema titulado “Sobre la denominación de emigrantes” se refiere a este mismo asunto y escribe:

Siempre me pareció falso el nombre que nos han dado: emigrantes.

Pero emigración significa éxodo. Y nosotros

no hemos salido voluntariamente

eligiendo otro país. Ni inmigramos a otro país

para en él establecernos, mejor si es para siempre.

Nosotros hemos huido. Expulsados somos, desterrados.

Y no es hogar, es exilio el país que nos acoge.

Inquietos estamos, si podemos junto a las fronteras,

esperando al día de la vuelta, a cada recién llegado,

febriles, preguntando, no olvidando nada, a nada renunciando,

no perdonando nada de lo que ocurrió, no perdonando.
¡Ah, no nos engaña la quietud del Sund! Llegan gritos
hasta nuestros refugios. Nosotros mismos
casi somos como rumores de crímenes que pasaron
la frontera. Cada uno
de los que vamos con los zapatos rotos entre la multitud
la ignominia mostramos que hoy mancha a nuestra tierra.
Pero ninguno de nosotros
se quedará aquí. La última palabra
aún no ha sido dicha¹.

Desde mi punto de vista, Brecht expresa lo que dicen todos los exiliados: el exiliado viene para regresar. Desde su llegada al país huésped, se organiza para volver a su país de origen. Esto es lo primero que piensa el exiliado.

Quisiera contarles una anécdota de mis propias experiencias: nosotros llegamos a nuestro exilio en un periodo en que en Irán cada día cientos de personas eran entregados a los batallones de fusilamiento. Transcurrían los años 1985-86. La destructora guerra entre los estados reaccionarios de Irán e Irak había desplazado a cientos de miles de personas y cualquier voz opositora era callada como la quinta columna enemiga. En nuestra Organización, nuestro deber era visitar los campos de refugiados y encontrar a nuestros compañeros. En aquel entonces, muchos hoteles, grandes salas de reuniones e incluso algunos edificios administrativos se utilizaban como campos de refugiados. La mayoría de estos campos contaba con cuartos en los que vivían varias personas esperando una resolución. Después de un tiempo, algo nos llamó la atención: nos dimos cuenta de que en todos los campos los únicos televisores que existía eran de un solo modelo de la marca Sony. Nos surgió la pregunta de por qué todas estas personas que acababan de huir estaban interesadas en esta marca y este modelo. Les preguntamos y la respuesta siempre fue la misma: “porque estos aparatos cuentan con dos sistemas de transmisión PAL y SECAM, uno válido en Irán y el otro en Alemania, y cuando volvamos a Irán podemos llevárnoslos”. Era normal que

¹Bertolt Brecht, *Poemas y canciones*, traducción de Jesús López Pacheco y Vicente Romano, 11ª edición, Madrid, Alianza, 1980.

consiguieran una televisión para pasar el tiempo, pero al tiempo que esperaban, pensaban en volver. Vimos también los casos de quienes adquirirían un modelo especial de coche para que pudieran utilizarlo para llevarse todas sus pertenencias de regreso a Irán.

Lo interesante es, no obstante, que después de un tiempo el exiliado (y quizá también el emigrante) se enfrenta a diferentes crisis. Dicen que la primera comienza al cabo de los primeros seis a nueve meses tras la llegada al país huésped; la novedad del nuevo ambiente decrece y la nostalgia y las añoranzas empiezan a ocupar cada vez más espacio en la vida y en los pensamientos, alcanzando a veces niveles de depresión que hay que superar. Pero existen otras crisis también: surgen preguntas para las cuales hay que buscar respuestas. Muchos exiliados han sido estudiantes, probablemente tienen estudios superiores y tenían vidas acomodadas... pero ahora, en el exilio, quizá tengan que trabajar duro como obreros, si es que encuentran empleo; estos son asuntos más personales. El exiliado tiene, usualmente, un pasado de actividad política (algunos han sido miembros de grandes organizaciones políticas en el pasado) y cuando abre sus ojos al exilio, ve que el número de sus compañeros es muy escaso; se pregunta por qué fue exiliado, qué errores cometió, por qué fracasó...esto es el comienzo de la crisis. A lo largo de estas crisis, el exiliado se ve obligado de volver a definirse, es decir, a ver sus sueños del pasado con una mirada crítica con el fin de trazar de nuevo una utopía.

En este proceso, los exiliados podrían ser divididos en tres grupos:

- Los que viven en el pasado .1
- Los que viven en el pasado con el sueño del futuro .2
- Los que viven en el presente: aquéllos que han llegado a la conclusión de que .3
para realizar sus sueños, la geografía es solo una excusa y no significa nada.

:Veamos los tres grupos de más cerca

El exiliado que vive en el pasado

Es aquél que había sido miembro activo de algún partido o de alguna organización política específica y no puede dejar de lado u olvidar las glorias del pasado ni aceptar el fracaso; no puede convencerse de que ha fracasado y ahora tiene que vivir en estas condiciones, aislado y sin gloria. Este grupo convierte las glorias del pasado en una bandera, en una religión en base a la cual puede definir y justificar su vida en el exilio. Cuando se sienta a hablar con otros exiliados, vaya por donde vaya el rumbo de las conversaciones, acaba hablando de las luchas memorables que realizaba en “la patria”. Es así como pretende olvidar la dureza de la vida “presente”. Para este grupo, el abrir los ojos a la verdad equivale a una caída en un espacio desconocido, un espacio repleto de preguntas, un espacio que puede significar aniquilación y nihilismo. Una mirada a la vida de los exiliados, sean de Rusia, Alemania, Chile o Irán, muestra que esta clase de exiliados o bien se ve obligado a crear para sí misma una imagen de la realidad que no existe en el mundo exterior, o cuando entra en el terreno de lo real y ve que la era de aquellas “glorias” ha llegado a su fin busca subsanar los “daños” que causaron su exilio, es decir rechazar todo aquello que antes consideraba motivo de orgullo, a saber su partido u organización, o reusar los ideales que habían motivado la creación de estas mismas organizaciones. El primer efecto de esta actitud suele ser la aparente similitud entre los opresores y los oprimidos.

En México, en la colonia Roma en la Ciudad de México, existe un centro construido por los republicanos exilados españoles, donde alguna vez se celebró una fiesta en honor al príncipe de Asturias: en verdad, ¿por qué se acerca un republicano a una familia que fue partícipe de tantos crímenes? ¿cuál es su objetivo? Entre los iraníes exiliados en Europa también se puede observar actitudes parecidas: en las elecciones presidenciales pasadas, algunos de los exilados políticos presuntamente izquierdistas se habían formado frente las embajadas de Irán para votar, ¿pero por quién? Todas las alas permitidas a enviar candidatos a las elecciones iraníes, han sumergido sus manos en la sangre de los revolucionarios: todos participaron en la década de 1980 en las masacres de los presos políticos. ¿Cómo es que un exiliado que ha sido torturado o ha visto torturar a sus compañeros cercanos, vota por su verdugo? Desde mi punto de vista, la respuesta no puede ser tan simplista como decir que se han vuelto “neoliberales”. Quizá la causa más importante de esta actitud sea la resignación:

misma que es también la causa del alto índice de suicidios y adicciones entre los exiliados.

Otra inclinación de este grupo de exiliados es vengarse del pasado y esto comprende, por ejemplo, colaborar con los grandes poderes o perderse en el trabajo para ganar más dinero y así recompensar el “rezago económico” que han sufrido en el pasado, según ellos debido a su dedicación a actividades políticas que les impedía tener un empleo. Existen exiliados que explotan a sus obreros de la misma manera o peor que cualquier otro explotador, teniendo como objetivo vengarse de lo que creen que fue la razón de la destrucción de su vida normal.

El exiliado que vive en el pasado con el sueño del futuro

Esta clase, como la primera, vive con las glorias del pasado: pronto olvida todos los malos recuerdos y todas las señales del ayer y dibuja en su mente una bella imagen del pasado que jamás ha existido realmente. Al mismo tiempo y con base a esta misma imagen, se figura un futuro que nunca se hará realidad, pero que para él es tan claro como el agua.

Este grupo de exiliados a veces participa en actividades políticas en el país donde vive. Sin embargo, en todas estas actividades el centro de gravedad o la meca utópica para el exiliado son las mismas glorias del pasado y el mismo futuro indeterminado. Es decir, cuando participa en una celebración, por ejemplo, no presta atención a la música de resistencia que ahí se escucha ni se interesa en el contenido de lo que se canta: para él la única letra, la única canción y la única música verdaderamente bellas e impresionantes son aquéllas que escuchó y conoció en otra época. Si fue, por ejemplo, comunista y miembro de alguna organización militante (que probablemente ya ha dejado de existir), de lo único que habla son los memorables logros de la misma organización; y puede que esta misma persona militante sea todo un machista tradicional en relación con su esposa, pero cuando le hablas acerca del machismo responda, con toda seguridad, que para establecer el socialismo debe vencerse y desaparecer el machismo...y su discurso será el mismo si se le pregunta acerca de la educación de los hijos o cualquier otro tema. Plantear la promesa de un futuro indeterminado frente a la realidad presente es la característica de este grupo de exiliados. Nadie sabe cuándo llegará el día en que este exiliado pueda cumplir sus

sueños del futuro; él no vive en el hoy y siempre está a la espera del mañana en que volverá a su casa, a la misma casa que abandonó, sin que haya cambiado ni un poco.² Este grupo compara siempre lo que tuvo y lo que quiere volver a tener con su vida presente, con una vida que no desea, y se resiste a las exigencias de esta vida: no aprende la lengua del país al que ha llegado y no quiere conocerlo. Si algún día se da cuenta de que su utopía, sus ideales, son defectuosos o imposibles, será destruido moralmente; su mundo se viene abajo. No hay nada en este mundo que le sea importante, y en el mejor de los casos es un “sectarista histórico” cuyos slogans ¡han sido y siempre serán correctos! Él abandonará su exilio en calidad de la misma persona que era cuando llegó. Se puede decir que este grupo de exiliados vive en algún punto entre el pasado y el futuro, con los recuerdos del ayer y con la esperanza de un futuro totalmente incierto, o en otras palabras, en el pasado y con el sueño del futuro. Si esta esperanza se rompe, le esperan la adicción, el suicidio y la traición a los ideales. Y no es difícil imaginar lo que les espera a estos exiliados si llegan a volver a su patria: lo que fue y ya no es: amigos que ya no los conocen, calles que ya no son sus calles, amores que ya no les pertenecen, familiares ya muertos y una casa que ya no existe.

El exiliado que vive en el presente

Esta clase de exiliados consiste en aquéllos que son buscadores; los que tiene una visión más realista, los que participan activamente en las actividades políticas y sociales del país del exilio. Ellos se adaptan a las luchas populares en el marco de sus propias ideas y aportan a ellas todo lo que pueden. Intentan poner sus experiencias a la disposición de los que luchan y aprender de ellos, y siempre califican los movimientos con base en sus propias experiencias. A veces se definen a sí mismos como un arco iris que no tiene ni comienzo ni fin. Transitan la cultura, la literatura y las experiencias de lucha y de vida de un lugar a otro, crecen con ellas y las ayudan a crecer. Participan de estas experiencias y las comparten con otros. Si toman parte en alguna actividad, si leen un artículo interesante o ven una buena película, lo que les importa es que los demás también se enteren de ella, lo lean y la vean. Para ellos traducir, escribir un artículo y discutir en reuniones tiene esta misma finalidad: transmitir

² Aquí no me refiero a los palestinos que todavía, después de más de sesenta años, conservan las llaves de sus casas. Su historia es otra y cabe en la inmigración obligatoria, y la esperanza que albergan es fascinante.

experiencias. Si entran en alguna lucha, se hacen parte de ella, nunca la miran desde fuera y la consideran siempre propia.

Para estos exiliados, la patria es aquella en que se desarrolla el proceso de la realización de los sueños. Ellos no desean volver para recuperar lo que han perdido, lo que sólo existe en sus recuerdos, sino que buscan ir a lugares donde su presencia sea útil. Si esta clase de exiliados regresa a su patria de origen, buscará una organización donde tener una responsabilidad. Desea construir su patria junto con los demás, pues para él la patria es algo dinámico, no existe en un punto histórico fijo, se va construyendo; y desde su perspectiva, la patria se crea con la ayuda de todos y en todo momento, es una patria en la que caben muchas patrias de manera justa y equitativa. Esta patria está siempre en su maleta. Sabe que si algún día vuelve a su país, verá otro país distinto con otra cultura y otras personas, y si en él encuentra un movimiento al que unirse, se sentirá afortunado, y si no, pondrá manos a la obra para crear uno.

Sin duda siempre existe la posibilidad de que estos exiliados también se resignen, pero esto depende de muchos factores y es algo impredecible. Pero en lo que al “hoy” del exiliado se refiere, él lucha para una patria de estas características y esto es su sueño.

Otros artículos de Bahram Ghadimi en español:

*Petróleo y conflicto militar en el medio oriente, EcoPortal: http://www.ecoportel.net/Temas-Especiales/Energias/Petroleo_y_conflicto_militar_en_el_medio_oriente

*El Movimiento Popular actual en Irán, Desinformémonos: <https://desinformemonos.org/el-movimiento-popular-actual-en-iran/>